

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

consagrado à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 540.

Alicante 9 de Abril de 1881

Año XII.

## FUNCIONES

### DE SEMANA SANTA.

No siendo posible al Cabildo Colegial de esta Insigne Iglesia celebrar dichas funciones con la esplendorosa majestad de otros años, por la absoluta carencia de recursos, el que suscribe, á nombre de la Corporacion Capitular, como Presidente de la misma, es-cita la caridad de los fieles para que contribuyan con la limosna que sea de su agrado, á fin de que en este año como en los anteriores puedan llevarse á efecto con la majestad que reclaman tan augustos misterios y con el esplendor que corresponde á esta culta capital.

Las limosnas pueden entregarse en el archivo parroquial de esta Insigne Iglesia.

El Abad,

*Dr. José Pons.*

## LA SEMANA MAYOR.

El Evangelio será siempre el libro de las grandes lecciones, de los grandes consuelos, de las grandes esperanzas. El Evangelio es la palabra de Dios, y la palabra de Dios es fecunda y eterna, con la eternidad esencial y peculiar del Ser de quien procede.

Así pasan los siglos; las épocas, los reinos, y las civilizaciones; así se modifican, cambian y suceden las costumbres; nacen y mueren las generaciones, viéndose sin cesar informados por el espíritu cristiano y civilizador de la Iglesia Católica, depositaria de la fé y maestra de la moral que se contienen en el libro por excelencia, el libro por antonomasia, que se distingue con el nombre expresivo de *Biblia*.

Pero si á todo lo que existe y á todo lo que piensa dá vida é impul-



so la palabra del Salvador, imprime en estos días un movimiento especial en los que siguen su doctrina y ajustan sus acciones á los preceptos divinos, agrupándose en los templos donde resplande con sus galas y magnificencias el culto que la Iglesia católica dá á Dios, á quien adora en espíritu y en verdad.

No sin razón se llama la semana en que vamos á entrar la Semana Santa, la Semana Mayor; pues en ella se compendian todas las verdades, todos los misterios, todos los dogmas de la religión, y toda la economía de la redención humana.

Un hombre criado á la imagen y semejanza del mismo Dios; colocado en el magnífico palacio del universo y destinado á gozar las delicias de los ángeles en la mansión eterna; la transgresión del precepto divino á la cual sigue la condenación de la especie prevaricadora; la promesa inmediata de una reparación que empieza con una mujer y ha de terminar con un sacrificio de la misma divinidad; reparación que esperan los patriarcas, anuncian los profetas y presiente el mundo gentil, viniendo á cumplirse después de una expectación universal de cuarenta siglos, son materias propias de la más profunda meditación y que abrazan el conjunto de la religión cristiana y dan la clave para profundizar las diferentes fases y evoluciones que presenta la

humanidad en su entera y dilatada historia.

Jesucristo es el *Alpha* y *Omega*, el principio y el fin de todas las cosas y atrae por consiguiente á sí todas las miradas, y ocupa todas las inteligencias, lo mismo la del sábio que la del ignorante; la del político que la del solitario, y la del gran señor que la del humilde siervo. Su historia encierra grandes y sublimes enseñanzas tanto prácticas como especulativas y prescribe reglas aplicables á todos los actos y á todas las esferas en que se mueve la humanidad.

¿Qué extraño es, pues, el movimiento de concentración y recogimiento que se percibe en estos días dedicados á conmemorar los últimos que pasó entre nosotros el Redentor del mundo?

¿No es muy natural cese en este tiempo el rumor de las pasiones, el bullicio de las fiestas, la servidumbre del trabajo, y se eleve el alma á la contemplación de las grandes verdades religiosas, palpite el corazón con las más delicadas sensaciones y nutra su espíritu el hombre con los más elevados sentimientos que inspira la inmensa caridad de Dios hácia sus criaturas?

Abramos el maravilloso libro de su aún más maravillosa historia y recorramos las sagradas páginas recogiendo con amor filial los últimos hechos y las últimas palabras



del Redentor, como se recogen y guardan con religioso respeto y amor las últimas palabras que en el lecho del dolor y de la muerte pronuncia un padre querido al verse rodeado de las prendas más caras á su corazón.

Historiemos.

Cinco días antes de su muerte llegaba el Hombre-Dios al pueblo de Bethania, cercano á Jerusalem, alojándose en casa de su amigo Lázaro. Habiendo dado á sus apóstoles las instrucciones oportunas, dirigióse por la mañana á la ciudad montado en un pollino, seguido de su madre. Esta circunstancia, tan pequeña en la apariencia, no se había ocultado á la vista perspicaz de los Profetas. Al entrar de este modo el Salvador, á la antigua usanza de los jueces ó conductores de Israel, daba á entender que era en verdad el Rey pacífico, el Hijo de David, el Enviado de Dios anunciado por los oráculos de quien todos aquellos habían sido figura. El pueblo lo conoció: su instinto no se engañaba. Apenas se divulgó la noticia, una grande multitud salióle al encuentro llevando ramos de olivo y palma en las manos, atronando los aires con las repetidas aclamaciones de *¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!* Hasta los niños desataron su lengua para repetir tan calurosas manifestaciones, mientras muchos tendían sus mantos y al-

fombraban el camino con ramaje, probando la creencia que abrigaban de tener entre ellos al Mesías prometido.

En medio de su triunfo, el Salvador, que tan bien sabía hasta donde llegaba el endurecimiento de la ingrata Jerusalem, movióse á compasión al verla, y lloró tiernamente. «Si al menos en este día, decia suspirando, supieras aprovecharte de mi visita y quisieras ponerte en paz con el cielo;..... mas no, que ahora todo está encubierto á tus ojos (1).» Padre tierno lloraba porque se vería precisado á castigar.

Todo el pueblo le acompañó hasta el templo, donde dirigió á la multitud un admirable discurso, durante el cual se oyó retumbar en el cielo una voz potente como la del trueno, que dió á conocer manifiestamente su divinidad: último aviso que daba Dios á los judios para que no manchasen sus manos con la sangre del Justo, y para que no le precipitasen en el abismo al que los empujaba la Sinagoga.

Al espirar el día, salió el Salvador de Jerusalem y fué á pasar la noche en Bethania. Tan magnífico triunfo había servido solamente para exacerbar el odio de la Sinagoga y avivar la codicia del traidor Judas que creyó llegado el momento de aumentar su caudal con la venta de su Maes-

(1) Luc. XIX. 41.



tro, realizándola por treinta monedas de plata, precio justo, que según la ley, se daba por la vida de un esclavo.

Continuaba el Divino Maestro en tanto dando lecciones sobre el respeto á la santidad del templo, sobre los honores que se deben á la divinidad, manifestando la falsía con que tratan de escatimarlos hipócritamente en beneficio de los pobres, los que nada escasean para el regalo de sus personas; confundía los sofismas de los saduceos manifestándoles la purísima brillantez de la vida futura: compendia en dos preceptos de amor toda la ley, é instruía á sus discípulos en las señales que habían de preceder á la ruina de Jerusalén y á la destrucción del mundo. Esta fué su postrera profecía y su última lección de caridad.

Mas si Jesús era en particular y para un tiempo dado el Apóstol de la Palestina, era para siempre y sin distinción el Mesías de todos los pueblos, la víctima propiciatoria de todo el mundo y el Salvador de todos los pueblos y de todos los hombres. Bajo este concepto debía morir para alcanzarles por medio de la efusión de su divina sangre las gracias de la salud y la gloria de la adopción. Dos días faltaban no más para que todo quedara consumado.

Judas, que durante la oscuridad de la noche había vendido á su Maestro, volvió á su lado al día si-

guiente por la mañana buscando la ocasión de entregarlo.

La fiesta de Pascua principiaba á las tres de la tarde del jueves y era para todo el pueblo el primer día de los ázimos. Los sacerdotes estaban ocupados desde aquella hora hasta ponerse el sol en matar y desollar, en el recinto de la casa de Dios, los corderos que cada familia debía ir á tomar para comerlos en el tiempo señalado por la ley. Los discípulos se dirigieron, pues, al Salvador y le dijeron: ¿Dónde quieres que vayamos á hacer los preparativos para comer la Pascua? Id á la ciudad, les dice, y hallareis á un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa donde entre y decid al padre de familia de esta casa: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca: he escogido tu casa para celebrar la Pascua con mis discípulos; enseñanos el lugar donde podré comerla con ellos. Y os enseñará una gran sala amueblada, y hareis en ella los preparativos.

Solamente un Hombre-Dios, dueño de los corazones y de los secretos del porvenir podía dar semejantes órdenes. Los dos enviados cumplieron su encargo, dejaron prevenido el aposento y se apresuraron á proporcionarse un cordero, lechugas, panes ázimos y vino, hallándose todo dispuesto á la caída de la tarde, cuando el Señor llegó acompañado del resto de sus Apóstoles.



Aquí comienza la grande escena de la Pasion y del sublime sacrificio del Redentor del género humano. El Domingo anterior el pueblo habia rendido un homenaje de respeto y admiracion al Mesías á quien esperaba como el caudillo de Israel; homenajes y entusiasmo que en breve fueron dados al olvido: en cambio el corazon amantísimo de Jesús, retirado en el cenáculo, extrema las manifestaciones de su inmenso amor y se entrega él mismo en manjar aun antes de dar la vida por la salvacion del mundo.

Acercábase el momento de obrar este gran prodigio: la comida legal se habia hecho, ajustada minuciosamente á la ley, y todo daba á entender que las figuras iban á cesar y que la manducacion del cordero prescrita por Moisés sería pronto sustituida por la del verdadero Cordero de Dios inmolado por la salvacion del mundo.

La presencia del pérfido que debia entregarle á sus enemigos conmovió entonces al Señor y trató de conmoverle poniendo de manifiesto el crimen: todos se alarmaron, ménos el insensato que se atrevió á preguntar si era él de quien se hablaba. ¡Cómo ciega la pasion y ahoga los sentimientos humanos!

Los demás apóstoles no estaban exentos de las flaquezas y debilidades de la emulacion: habian oido que pronto se establecería el reino de

Dios y disputaban en la presencia misma del Salvador quiénes ocuparían los primeros puestos.

No se indignó este de su flaqueza y les trató como niños dándoles una admirable nocion del poder; nocion que destruye el despotismo y la esclavitud y es el manantial de todos los sacrificios heróicos con que brilla la historia de los pueblos cristianos. El que sea el mayor entre vosotros, dijo, pórtese como si fuera el menor; el que ocupe el primer puesto conviértase como en servidor de los demás y no sea el primero de todos sino para precaver ó aliviar todas las necesidades. Y como para unir el ejemplo á la palabra, se quita el manto, cíñese una tohalla y empieza á lavar los piés de sus discípulos, sin exceptuar al mismo Júdas.

Cuando terminó la ceremonia, emblema de la pureza que se requiere para llegar á la Mesa Eucarística, sentóse otra vez el Salvador y recomendóles nuevamente la humildad, virtud que, como las raices del árbol se esconde y extiende bajo la tierra para sustentar los frutos y la pompa del árbol que sostiene.

La noche habia ya cerrado, oscura como el ódio y el rencor con que los enemigos de Jesús estaban tramando su muerte. En aquel mismo instante, y adelantándose al cruel designio de la Sinagoga, toma el pan en sus santas y venerables ma-



nos, lo bendice, y dando anticipadas gracias al Padre celestial por el milagro que iba á obrar, dice: *Tomad y comed, ESTE ES MI CUERPO que va á ser entregado por vosotros á la muerte.* Y echando luego vino en el cáliz, lo presenta tambien diciendo: *Bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para el perdon de los pecados.*

¡Palabras omnipotentes, en cuya virtud solo quedó del pan y del vino la apariéncia; y su propio cuerpo y su propia sangre puesto en su lugar, pasó á ser comida y bebida de sus discípulos!

Decir y hacer es para Dios una misma cosa. Por eso en el principio del mundo bastó que Dios dijese: *Hágase la luz*, para que la luz instantáneamente brillase.

Judas comió tambien, y como era sacrilego, tragó, como dice el Apóstol, su condenacion eterna, saliendo cautelosamente del cenáculo para llevar á cabo su perfidia.

Luego que partió, dió libre curso el Salvador á las tiernas efusiones de su caridad, dirigiendo á sus apóstoles aquel sublime discurso en que se pinta admirablemente su hermosa alma, y en que se siente la realidad del amor inmenso de un Dios; discurso que debe considerarse como su testamento de muerte, como un adios supremo y el resúmen de su postrera voluntad. Ahora, dijo, es

glorificado el Hijo del Hombre, y Dios vá á ser glorificado en él. Hijitos míos, solo me restan algunas horas para permanecer con vosotros; pues no podeis venir á donde yo voy. Amáos unos á otros: todo el mundo conocerá que sois mis discípulos, si os amais unos á otros.

Después de esta divina despedida, eleva sus ojos al cielo, y dirigiéndose á su Padre, testigo de su sumision y remunerador de sus méritos, pide por sí que todas las naciones le reconozcan como á su Salvador; pide para sus Apóstoles, la caridad y la santidad; y ruega finalmente por nosotros, para que todos sean, dice, una misma cosa, así como Vos, Padre mio, sois en mí y yo en Vos.

Una accion general de gracias dió término al banquete místico y pasqual, y saliendo de la sala pasó el torrente de Cedron y se fué á orar como solia al monte de los Olivos, anunciando á sus discípulos las amarguras de la Pasion.

Habia llegado el instante solemne. Deja á sus discípulos en el Huerto de Getsemani, y tomando solamente tres de ellos, empieza á entregarse á los horrores de su Pasion, dejando que se apoderaran de su santa humanidad el espanto, el tédio, el sinsabor, el abatimiento y la tristeza, como lo revela aquel gemido angustioso que sale de su pecho. Triste está mi alma hasta la muerte, les dice, esperad aquí y velad conmigo. Apártase un



tanto, y puesto de rodillas en una gruta que allí habia, exclamó: Padre mio, apartad de mí si es posible este cáliz; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

Ya se vé el reñido combate que se traba en aquella grande alma. Ser la misma inocencia, el Hijo único de Dios, el Rey del universo y devorar tantos ultrajes y morir en una infame cruz; qué confusion! qué ignominia!... Pero salvar á los hombres sus hermanos y satisfacer la justicia de Dios, ¡que consuelo! ¡que gloria!

Quiso reponerse un poco y se vino á ver los discípulos que, débiles se habian dormido. Velad y orad, les dice, para no caer en tentacion. El espíritu está pronto; pero la carne es flaca. Segunda vez se retiró á la gruta y oró diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad. Y volvió otra vez á donde estaban sus discípulos y los halló aun dormidos. Fiad, fiad en los hombres para que os consuelen!

Dejóles enseguida y se fué de nuevo á orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras.

Sin embargo, la tristeza, el terror y la angustia que siente el Salvador le envuelven en una violenta agonia hasta el extremo de brotar por todo el cuerpo un sudor de sangre que cae esparciéndose por el suelo. Entonces baja un ángel del cielo para fortalecerle: Jesús acepta la Cruz,

hace su sacrificio, y sálvase el mundo.

Hé aquí cuales son los consuelos celestiales: no rompen nuestras cruces sinó alejan la tentacion de abandonarlas. Desde el momento en que el Hijo acepta la sentencia dada por el Padre, no se advierte en él más que intrepidez y valor; pero valor modesto é intrepidez tranquila.

Dueño de sí mismo y de todas las cosas permite que los soldados le prendan, despues de haberles manifestado su poder haciéndoles rodar al suelo al solo eco de su palabra; vé la infructuosa defensa de sus discípulos y remedia milagrosamente sus indiscretas agresiones; contempla su dispersion y su fuga; se entrega á todos los rigores del más brutal desenfreno de la soldadesca; se abandona á las más abominables injusticias del más injusto é ilegal proceso; sufre sin desplegar los labios la flagelacion más cruel y espantosa; las burlas de los cortesanos; los escarnios de los verdugos. El príncipe de los apóstoles le niega; el pueblo lo posterga á un facineroso; Pilatos que intenta salvarle cede acobardado ante las amenazas políticas de los judíos, y se vé por fin sentenciado á la última pena en el mayor y más infamante de los suplicios.

¡Cómo seguir paso á paso al Salvador en las terribles y dolorosas escenas de su pasion dolorosa? Por-



que allí se agotaron los refinamientos de la crueldad; la venganza rayó en los límites de la embriaguez y el frenesí; la saña del hombre aventajó la de las fieras más feroces; y la venganza y el odio se desataron con insólito furor salvando todas las barreras y encendiéndose en nuevo ardor rociadas con la sangre de la víctima inocente.

Mirad, mirad, al Justo cargado con la pesada cruz, como se dirige vacilante al Gólgota entre los insultos de la plebe, atizados por la implacable saña de los escribas y los doctores; mirad como le despojan violentamente de sus vestiduras, haciendo brotar la sangre de sus despedazados miembros; como le tienden en el desnudo leño y le clavan ¡bárbaros! de las manos y los pies, destrozando los más delicados tejidos y las fibras más sensibles del organismo; mirad como le levantan y lo presentan á la pública espectación, coronado de espinas, como rey de todos los dolores; tendidos los brazos para llamar á sí á todo el mundo; lábaro de salvación y enseña de libertad para todos los hombres.

Pero los judíos nada de esto veían: pedíanle milagros y su menguada y oscurecida razón no comprendía que el milagro se estaba realizando; pues con sus burlas y denuestos estaban cumpliendo á la letra una de las profecías de David que señalaba al

Mesías y Salvador como hecho el oprobio de los hombres.

Ni fué esta la única: todas tuvieron su más exacto cumplimiento. El reparto de las vestiduras exteriores, el sorteo de la túnica, la esponja empapada con vinagre, la efusión de sangre...

Señor de sí mismo y aunque sentía los más crueles dolores y estaba llena de amargura su alma, mostraba una tranquilidad y una dulzura infinitas. Su primera palabra en la cruz fué para pedir el perdón de sus enemigos; su segunda para conceder la remisión de sus pecados, al ladrón arrepentido.

Despojado de todo y ageno á todo humano consuelo, quiso renunciar hasta los más caros sentimientos del corazón humano, y viendo allí á su madre cuya incomparable é inmensa aflixion aumentaba la suya, le dice señalándole al discípulo amado: «Mujer, ve ahí á tu hijo; y al discípulo: Vé ahí á tu madre.» Y desde aquel momento, la MUJER escogida para quebrantar la cabeza de la serpiente fué constituida al pié del árbol de la cruz madre de los hombres; y nosotros en la persona de Juan, hechos hijos adoptivos suyos.

Viendo el Salvador cumplidas todas las cosas que respecto de su sagrada persona habían sido profetizadas, plúgole manifestar que era Señor de la vida y de la muerte; y que así como se había entregado vo-



luntariamente á los judios, asi y del mismo modo se entregaba á la muerte. «Nadie me quita la vida por fuerza, habia dicho, la doy yo mismo de mi plena voluntad.» Asi fué que, como observa Bossuet, en vez de ir desfalleciendo poco á poco como los reos que mueren en ese género de tormento, de respirar con dificultad, de tener la boca siempre abierta y amoratada y de exhalar lentamente los últimos suspiros, Jesús no muere asi: hace sucesivamente todo lo que debe con la plenitud de su libertad é inteligencia; repasa cada una de las profecias; se vuelve á su eterno Padre para cerciorarse de que está verdaderamente aplacado; y cuando conoce que solo falta su muerte para desarmar enteramente la justicia divina, encomienda á Dios su espíritu, y levantando la voz hasta dar un grande grito que aterró á los circunstantes, inclina la cabeza y exhala tranquilamente su espíritu.

La naturaleza entera se conmovió; los muertos abandonaron sus sepulcros; el velo del templo se rasgó de arriba abajo; habia concluido la antigua ley. El Eterno acababa de confirmar el título que Pilato adjudicó á Jesús de *Rey de los Judios*; y aunque estos lo rechazaron obstinadamente, no tardaron en ver á todos los pueblos reconocerle no solamente por su Rey, sino por su Salvador y por su Dios.

En vano será que nuevas turbas de apóstatas y descreidos pretendan destronar al Salvador: su trono es la Cruz, y la Cruz será siempre para el individuo y para la sociedad la salvacion. ¡Ay de los pueblos! Ay del mundo cuando deje de brillar la Cruz! Nuevas y más espantosas tinieblas, nuevas y más terribles convulsiones agitarán la tierra en sus cimientos, y la hora del juicio final habrá sonado. ¿Creeis que cuando venga el Hijo del Hombre hallará fé sobre la tierra?

Meditemos en este dia la Pasion dolorosa del Redentor y hagámonos dignos de admirarle en la plenitud de su gloria y majestad cuando venga ostentando el lábaro santo de la Cruz, para juzgarnos en el último dia. El Evangelio será siempre el libro de las grandes lecciones, de los grandes consuelos, de las grandes esperanzas.

## MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.

FANTASIA.

No hay dolor semejante  
á mi dolor.

Saetas de fuego  
Cruzando el espacio  
Del cielo iluminan  
El negro capuz;  
Y el ábrego gime,  
Del alto palacio



Cimbrando las torres  
Envueltas en luz.

Las fieras del bosque,  
Su lecho abandonan,  
Y horribles lamentos  
Se escuchan doquier;  
Y en tanto en el pueblo,  
Su gloria pregonan  
Con danzas y fiestas  
Al Dios de Israel.

¿Qué noble victoria  
Del pueblo escogido  
Se apresta el poeta  
Con ánsia á cantar?  
¿Acaso las tribus,  
De Roma han vencido  
El yugo ominoso  
Del cetro imperial?

Mas ¡ay! que no es esa  
La causa que impía  
Les mueve á la fiesta  
Que ensalza á su Dios;  
Y el cielo les muestra  
Su cólera, un día  
Que fué en otros años,  
Su canto de amor.

Del monte en la cima  
Que débil columbra  
La vista del lince  
Del fuego á la luz,  
Erguida y solemne,  
Si el rayo le alumbrá,  
Se eleva en la sombra  
Fatídica cruz.

Pendiente del leño,  
Con dulce sonrisa,  
Que riza sus lábios  
Henchidos de hiel,  
Con sangre en el pecho  
Morir se divisa  
Al Hijo bendito  
Del Dios de Israel.

Y al pié, moribunda,  
Con llanto en los ojos,  
Que aumentan del alma  
La triste afliccion,  
Cruzando sus sienes  
Corona de abrojos  
Su madre le mira  
Morir por su Dios.

La blanca azucena,  
La rosa preciada,  
Que honor dió á los hijos  
Del Santo David,  
Perdió sus colores  
Y mustia y ajada  
De ver al Dios-Hombre  
Se siente morir.

¿Quién calma sus penas?  
¿Quién llora sus duelos?  
Tan solo su hijo  
La mira llorar,  
Y Dios que la escucha  
La guarda en los cielos  
Un trono esplendente  
De gloria y de paz.

Del viento en las alas  
Confusos rumores



A intervalos llegan:  
De burlas en son,  
Y escarnio es la fiesta  
De tantos dolores  
Cual sufre la pública  
Flor de Sion.

Y al par que los coros  
Entonan su canto,  
Muriendo la madre,  
Se escucha su voz:

—«Dios mio! Dios mio!  
Piedad de mi llanto,  
Que nada asemeja  
Mi intenso dolor.»

M. Seco y Shelly.

## JERUSALEM.

Desde la cumbre de una montaña árida, y cuya superficie está sembrada de piedras que ruedan al menor movimiento, y los flancos tostados no ofrecen más que ramilletes de hisopo é higueras salvajes, se distingue una línea de muros derruidos y rodeados por cuadradas torres detrás de las cuales descuellan algunos edificios.

La montaña, es Sion, la santa colina; esas ruinas blanquecinas y desoladas, *El Cods*: la santa Jerusalem!

Si: la santa Jerusalem en medio de los desiertos, que en frase de Cha-

teaubriand, parecen respirar aun la grandeza de Jehová y el espanto de la muerte. Esqueleto miserable del esplendor de veinte siglos! Fantasma de una ciudad que brillara cual Nínive y Babilonia y que cual ellas fué pisada por la destrucción.

La historia ofrece pocos datos sobre la fundacion y origen de Jerusalem. Melquisedech, llamado en la Escritura el rey de Salem, residía allí; á seguida fué la capital de los Jebuseos, lo cual le dió el nombre de Jibus. Es probable que de la union de estos dos nombres se formara Jerusalem (morada de paz) nombre que ya llevaba en tiempo de los reyes de Judá.

Despues de haber experimentado largas y sangrientas revoluciones, Jerusalem fué totalmente destruida por Tito: y segun la amenaza de los profetas ya no presentó la ciudad mas que una horrible confusion de piedras. Luego, el emperador Adriano destruyó hasta las ruinas que Tito respetara, edificó una nueva ciudad, dándole el nombre de *Ailia Capitolina*, para borrar toda la antigüedad. Entonces fué cuando pretendiendo el paganismo destronar la religion cristiana, elevó altares á Vénus y Júpiter, allí, sobre la misma tumba de Jesu-Cristo. Constatino le dió mas tarde su nombre y su culto. Conquistada despues por los persas, rescatada por los griegos, cayó al fin en poder de los musulmanes, cuando



las Cruzadas tomaron por empeño á la voz del Ermitaño Pedro el libertar de sus manos el Santo Sepulcro.

Sin embargo, algunos monumentos de la antigua Jerusalem escaparon de la destruccion general; las masas de granito resistieron á la rabia de los hombres y á la injuria de los tiempos. Estas ruinas se elevan sobre muros de los que, cada dia y á cada hora, cae con una piedra, un recuerdo religioso. Pasó el tiempo de las Cruzadas, y la religion que hizo mandar á Roma á todo el orbe cristiano, la religion que mandó á los más valientes soldados de Europa á conquistar un sepulcro y blanqueó con sus huesos las llanuras de la Judea, tan solo envía al presente algunos peregrinos.

El sentimiento de tristeza que se apodera del alma á la vista de esos lugares de desolacion, cede bien pronto su lugar á una exaltacion llena de encantos: y á pesar de las peladas rocas y á despecho de estas ruinas, toda la poesia, todos los cuadros y pinturas de la Escritura están allí. El Jordan, ese rio descolorido como la naturaleza que le rodea, parece retrasarse de caer sobre el mar que lo traga; el lago Asphaltide, que con sus aguas bituminosas gravitan sobre el destierro de Sodoma y de Gomorra.

Al Norte, el Calvario ó Gólghota, elevando al cielo su desnuda frente muestra al viajero el lugar dó mu-

riera el Salvador de los hombres: y al Mediodía el Valle de Josafat, cubierto de tumbas derruidas y entreabiertas, parece estremecerse con el sonido de la trompeta que debe llamar á los mortales ante el tribunal de Dios.

## LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

*Si in viridi ligno hæc,  
faciunt, in arido quid fiet?*

Si en el árbol verde hacen esto, ¿en el seco qué se hará?

(Luc, xxiii, 31.)

¿Por qué celajes fúnebres el cielo  
Súbito cubren en mitad del dia,  
Y el sol pierde su lumbre,  
Y del Gólgota vagan en la cumbre  
Ciegas tinieblas, y se enluta el suelo?  
¿Por qué braman los vientos á porfía,  
Y en roncós torbellinos  
Arrancan altos pinos,  
Y los collados sus cervices bajan,  
Y suben hondos valles, y se rajan  
En partes ciento los peñascos duros,  
Y de Salen los muros  
De sólido armazon crujen dolientes,  
Y de crespones lúgubres y oscuros  
Agita el huracan nubes ardientes?  
¿Por qué la mar terrífica voceá,  
Y su arenoso marco saltar quiere,  
Y de la firme roca



Mueve la base, y con furor provoca  
A la turbada tierra á la pelea  
Con ola hirviente, que los cielos hiere  
Y en tumbo sonoro  
Asorda hasta el fragoso  
Monte de maldicion que se estremece?  
Por qué el terror en el Calvario acrece?  
De espectros mil la turba rehilante,  
Que gira á cada instante  
En torno suyo con siniestro ruido?  
De Cedron el torrente undisonante  
¿Por qué lanza fatídico plañido?  
¿Por qué se arrastran lentas, pe-  
(rezosas  
Del Jordan las corrientes cristalinas?  
¿Por qué de las montañas  
Derrítense de miedo las entrañas,  
Y de Sion las cúpulas airosas,  
Y de Jacob las tribus más vecinas  
De Jebús á la córte,  
Cuál ébrio en su trasporte,  
Oscilan, tremen, lloran y lamentan?  
¿Por qué en el polvo escuálidas se  
(sienta,  
Las vírgenes, y gimen los ancianos  
Con suplicantes manos,  
Y el pueblo, que se nombra rey del  
(mundo,  
Con insólitos vértigos insanos  
Se agita, bulle y clama furibundo?  
.....  
¡Horror! ¡horror! ¿qué miro?.....  
(Enarboladas  
Del suelo en esa cima son tres cru-  
¡Oscuridad medrosa, (ces!!!...  
Que por do quiera las circuye ansiosa.  
Quiebra las que descenden apiñadas

Del eclipsado sol cárdenas luces,  
Y dentro se reflejan,  
Y... ver á trechos dejan  
En la del medio suspendido un hom-  
(bre,  
Y en tres lenguas por cima escrito  
(un nombre,  
El lema de *Jesús!*.... y junto al leño  
Do pende el Rey, el Dueño  
Del ángel y del hombre; un Sér; que  
(llora,  
Una mujer más bella que el ensueño  
Del querube y la risa de la aurora!...  
.....  
¡Oh cielos! vuestras bóvedas ¿qué  
(esperan?  
¿Por qué no se desploman hora mismo  
Sobre el hombre culpable?  
¿Por qué bajo los piés del miserable  
(De todos los que causa de esto fueran  
No se abre rebramando ardiente  
¡Oh Rey de las naciones! (abismo?  
Todos los corazones  
Conturbados y atónitos, al verte  
Muriendo, por matar á nuestra  
(muerte;  
Con piedras de dolor se despedacen,  
Y con su sangre tracen  
Al pié del árbol donde estás clavado,  
Mientras los elementos lenguas se  
(hacen,  
Letras, que acusen su infernal pe-  
(cado!...  
¿Dónde, dónde está Dios?... ¿Por  
(qué consiente  
Que, como infame reo en un madero  
Con tres clavos cosido,



Y de los piés á la cabeza herido,  
 Penda chorreando sangre de su  
 (frente,  
 Mas pura y bella que el mejor lucero,  
 Taladradas de espinas  
 Las sienes peregrinas,  
 Su Hijo verdadero, El que la espada  
 De su justicia mella á una mirada,  
 Y el rayo arroja de la ardiente nube,  
 Y aterra hasta el querube  
 Con solo el esplendor de su ropaje,  
 Y el mar humilla, cuando hilchado  
 (sube,  
 Y exige á cielo y tierra vasallage?  
 ¡Qué horror!... No hay parte al-  
 (guna sin herida  
 En ese hermoso jóven Nazareno.  
 Las fuentes de existencia  
 Agota de la muerte la presencia.  
 La lumbré de sus ojos extinguida,  
 Y el levantado y palpitante seno,  
 Y los sudores frios,  
 Que bañan, como rios,  
 Su macilento rostro, y la cabeza,  
 Que al suelo inclina ya con langui-  
 (deza;  
 Demuestran el final de su agonía.  
 Y... amor ¡oh!... todavía  
 Amor sus lábios, cual clavel mar-  
 (chito,  
 Exhalan blandos de su boca plá...  
 ¡Oh de bondad Océano infinito!  
 ¡Mirad!... sus fuerzas para hablar  
 (recoge,  
 Giran en derredor sus dos pupilas,  
 Y á los cielos alzadas,  
 Mil plegarias de amor apresuradas  
 Suben al trono, que su ruego acoge.

Callad, inícuas turbas, densas filas,  
 Que la montaña horrible  
 Con audacia punible  
 Pisais, befando á vuestro Rey pa-  
 (ciente.  
 Calle ese mundo impío reverente,  
 Que entreabiendo sus lábios mori-  
 Con suspiros profundos, (bundos,  
 Y acento tan sublime como tierno,  
 Que oirán aún los precitos geme-  
 (bundos,  
 Habla el Hijo de Dios, como El eterno.  
 «¡Oh mi Padre santísimo, perdona  
 A mis verdugos fieros, inhumanos!  
 Dice con voz entera:  
 ¡Perdon!... ¡que vivan todos!... Solo  
 (muera  
 Por los culpables Yo... Mi sangre  
 (abona  
 Por los que son hechura de tus manos.  
 Acuérdate, le dice  
 Un ladron infelice  
 De los dos que con él clavados pen-  
 (den,  
 Y con ayes de muerte el eter hienden,  
 Acuérdate de mí, cuando glorioso,  
 Te encuentres venturoso  
 En tu reino eternal. Serás conmigo  
 Hoy en mi paraíso delicioso,  
 Le contesta Jesús con voz de amigo.  
 ¡Mujer—prosigue—mira; ese es tu  
 (Hijo...  
 —Y al Discípulo amado—¡Esa es tu  
 (madre!  
 ¿Por qué así desamparas  
 Padre mio, al que tanto siempre  
 (amaras  
 En suplicio cruel y tan prolijo?



¡Sed tengo... si... sed tengo... Dulce  
Mi espíritu angustiado, (Padre!  
Y á la muerte abocado  
Encomiendo en tus manos... ¡Se cum-  
plieron  
Las cosas, quede mí se predijeron!..»

Así con voz postrer dijo más fuerte,  
Y... el ángel de la muerte  
De su vida apagó la llama luego,  
Dejando el sacro cuerpo frio, inerte,  
Y el mundo todo con tinieblas ciego.  
¡Murió Jesús, murió.. cuál jóven lirio,  
Que troncha el vendabal en sus fu-  
Su fúlgida cabeza (rores,  
Se plega al pecho amante con pres-  
teza.

¡Murió Jesús! al árbol del martirio,  
Partida en dos el alma con dolores,  
Su Madre inmaculada  
Se abraza desolada.

¡Murió Jesús!... El rayo y ronco  
(trueno  
Lo dicen, y la tierra, abierto el seno,  
Que espectros y cadáveres vomita,  
Y la turba precita,  
Y el fuerte retemblar del terremoto,  
Y el mar, que ferventísimo se agita,  
Y en dos partes del templo el velo  
(roto.

¡Murió Jesús!... La máquina del  
(mundo  
Al abismo arrojarse dislocada  
Pretende bramadora:

¡Tanto la muerte de su dueño llora!..  
Murió Jesús!... ¿A dónde fué el in-  
(mundo,

El insensato pueblo y chusma osada  
De befas con su alarde?

¡Huyó vil y cobarde  
Dejando el triste monte solitario!..  
Alzarse de su lecho funerario  
Adan y Eva dolientes, congojosos,  
Y besan anhelosos

La Sacrosanta Cruz, del orbe gloria,  
Mesándose el cabello temblorosos,  
Trayendo su pecado á la memoria.

«¡Por tí... llorando aquel, dice á  
(su esposa;  
Por tí... grita: y el eco el monte  
Por tí... yo en este día (atruena,  
A mi Señor he dado muerte impía!..»

¡Oh culpa inmensurable y ominosa,  
Que de tanto penar abrió la vena!

¡Oh culpa feliz... daño,  
Que Redentor tamaño

Y tal ha merecido! ¡Oh Cruz, decoro  
Del cielo y tierra, y del mortal tesoro!

¡Piedad!... yo con mis lágrimas te  
De inspiracion mi fuego (riego...

Entre tus brazos de dolor se pierde.  
¿Cómo será tratado ¡oh mundo ciego!

El árbol seco, cuando así es el verde?  
José Antonio Garcia de la Iglesia.

### CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy sábado, en la colegial á las  
ocho y en Santa María á las nueve  
Misa de la Virgen.

En Santa María continúa el nove-  
nario de la Soledad de María Santí-



sima, con sermón á las cinco y media.

En la iglesia de Religiosas Agustinas, á las cinco de la tarde, ejercicio de Felicitacion Sabatina.

En la Iglesia de la Misericordia, continúa tambien el novenario de la Soledad.

Domíngo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto, bendicion de palmas con sermón que predicará el doctor D. Casiano Quilez, Magistral de la misma; y acto continuo de la procesion, será la Misa Conventual.

En Santa María, á las nueve, bendicion y procesion de las Palmas, y á continuacion la misa mayor. Por la tarde, á la hora acostumbrada, continuará la novena de María Santísima de la Soledad, predicando el Sr. D. Joaquin García, canónigo de la Colegial.

En San Roque, predicará el Muy Ilustre Sr. Abad.

Lúnes.—Al toque de oraciones, D. Antonio Llofriu, vicario de Santa María, en el referido novenario.

Mártes.—El Sr. D. Juan Zarandona, canónigo de la Colegial: terminándose con este ejercicio el solemne novenario de Santa María, ya citado.

Miércoles.—En la Colegial, empezarán los Maytines á las cuatro de la tarde.

En Santa María, á las seis de la tarde, Maitines y Laudes.

Jueves.—En la Colegial, á las diez

y cuarto la Misa Conventual y acto continuo, despues del coro, será el Lavatorio. El sermón del Mandato, á cargo de D. Francisco Guimbeu, vicario de la misma, será á las dos de la tarde. A las cuatro, serán tambien los Maytines solemnes como en el dia anterior.

En Santa María, á las nueve, misa mayor y los demás oficios, concluyendo con el Lavatorio. Por la tarde, los oficios de Tinieblas, á las cuatro.

En la iglesia de Capuchinas, á las siete y cuarto, será el sermón de Pasion, que predicará D. Santiago Alvarez, capellan castrense.

En la Misericordia, despues de oraciones, predicará D. Joaquin García ya citado.

Viernes.—En la Colegial, en Santa María y Ntra. Sra. de Gracia, será el sermón de Pasion á las seis de la mañana, predicando respectivamente D. Tomás Domenech, vicario de Ntra. Sra. de Gracia; D. Vicente Morell, beneficiado de la Colegial, y D. Manuel Martinez, vicario de Ntra. Sra. de Gracia.

En Santa María, empezará á las seis de la tarde la procesion del Santo Entierro, y predicará la plática el Sr. D. Mariano A. Borja, canónigo de la referida Colegial.

---

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,  
plaza del Progreso, n.º 5.